

LA EXPEDICION ESPAÑOLA A IRLANDA EN 1601

Micheline KERNEY WALSH
Profesora de la Universidad de Dublín

En octubre del año 1601, una fuerza expedicionaria española de unos tres mil hombres desembarcó en la costa sur de Irlanda. Considerando el hecho desde el contexto de la historia europea, era uno más de los muchos movimientos estratégicos de la guerra entre España e Inglaterra. Guerra en la que política y religión estaban profundamente unidas. Para la historia de Irlanda, sin embargo, fue un suceso de importancia extraordinaria.

Durante muchos años los católicos irlandeses habían estado pidiendo al Rey de España su intervención militar para ayudarles en su lucha contra el dominio inglés. Las condiciones de vida de los católicos en Irlanda se habían hecho mucho más difíciles después de la excomunión de la Reina Isabel de Inglaterra por el Papa Gregorio XIII, en el año 1570. Muchos obispos y sacerdotes, amenazados con el arresto o la ejecución, habían buscado asilo en España(1) y la primera gran oleada de emigrantes irlandeses en España se debió al resultado de la llamada guerra de los Desmond, revuelta en la que los príncipes de Munster, en la parte sur de Irlanda, se levantaron contra el dominio inglés. A pesar de haber recibido ayuda militar y pertrechos tanto de Felipe II como del Papa, la revuelta fue extinguida totalmente en 1583 por las fuerzas de la Reina Isabel.

Muchos de los jefes irlandeses derrotados y sus seguidores escaparon a España donde consiguieron puestos en la Armada y en el Ejército. En 1588, cuando Felipe II ordenó que su gran Armada saliera del puerto de Lisboa, muchos de ellos tomaron parte en la expedición esperando que una victoria sobre Inglaterra les ayudaría a recuperar sus tierras confiscadas por los ingleses. En la actualidad no existe todavía una lista total de todos sus nombres, pero se puede identificar a muchos entre los firmantes de peticiones de aquéllos que consiguieron volver a España tras la derrota de sus barcos frente a las costas irlandesas.

La derrota final de la guerra de los Desmond había permitido que avanzase en gran manera la conquista inglesa de Irlanda. Gran parte del territorio de la provincia de Munster se dio a los ocupantes ingleses, pero en el norte del país

(1) Entre otros preladados irlandeses, los obispos de Mayo, Ross, Ferns Limerick y Ossory recibieron cartas de recomendación del Rey Felipe II para los arzobispos de Burgos, Sevilla, Santiago y los obispos de Orense y de Cuenca para que los acogieran en su compañía, visto que los preladados irlandeses habían venido "compelidos de los trabajos y calamidades de su patria". Archivo del Instituto de Valencia de D. Juan, Madrid, caja 167, f. 101v.-102, 108v, 139, 148, años de 1587 y 1588.

todavía existía una resistencia al gobierno por parte de Inglaterra. Fue allí, en la provincia de Ulster, en 1593 donde empezó el levantamiento que pronto se convirtió en una guerra, en la que tomó parte todo el país, así como un ejército de apoyo enviado desde España.

Los caudillos de esta guerra fueron O'Donnell, príncipe de Tirconnell, y O'Neill, príncipe de Tyrone, quienes, desde el principio, enviaron emisarios a Felipe II pidiéndole su ayuda contra las fuerzas de la Reina Isabel. Era natural que pidieran el apoyo de España contra un enemigo común, pero tenían otra razón que les movía; y ésta era la profunda creencia que existía entonces de que la raza primitiva irlandesa había sido originaria de España. Desde tiempo inmemorial esta creencia se había aceptado como hecho histórico tanto en España como en Irlanda, y era un factor de gran influencia en las relaciones entre ambos países.

Los católicos irlandeses consideraban al Rey de España como su señor y protector natural, y cuando tuvieron que buscar refugio en España después de la Reforma y durante los siglos XVII y XVIII, fueron recibidos en este país con generosidad extraordinaria y, debido a la tradición de su origen español, se les consideró como españoles, y les fueron concedidos todos los privilegios de la ciudadanía española desde el momento en que ponían pie en suelo español. Este fue un privilegio del que los irlandeses estaban muy orgullosos, y que guardaron celosamente (2).

En septiembre 1593, cuando Felipe II recibió al emisario del príncipe O'Donnell en el palacio de El Escorial, ya conocía en cierta manera la situación de Irlanda. Tenía contacto con obispos exiliados, uno de los cuales, el obispo de Ross, Connor O'Nachten, tuvo el honor de ser elegido por el Rey para llevar a cabo la consagración de la basílica de El Escorial que se acababa de construir en 1586 (3). Y luego, en 1592, Felipe II estableció un Colegio de Irlandeses en Salamanca para que diera acomodo a los muchos estudiantes que desde Irlanda llegaban a aquella universidad en búsqueda de educación católica, que en Irlanda las leyes contra los católicos hacían imposible (4).

El año siguiente, como resultado de su entrevista con el emisario de O'Donnell, el Rey decidió apoyar, en cuanto pudiera, a los irlandeses en su lucha contra Inglaterra. Indudablemente pesaba en su mente el hecho de que una guerra en Irlanda tendría el efecto de desviar tropas inglesas de Flandes y de

(2) Existen varias copias de decretos reales confirmando los privilegios concedidos a los irlandeses, como por ejemplo en las pruebas de Estevan Hickey y Bushe. Guardias Marinas, exp. 2039, año 1777. *Archivo del Museo Naval*, Madrid; asimismo en el *Archivo Municipal*, Bilbao, registro 51, núm. 496, año 1798, con la genealogía de Diego Fitzgibbon se incluye el "Real Decreto de S. M. publicado en su Supremo Consejo de Castilla en 7 de marzo de 1792, con inserción de anteriores Reales Cédulas, en que se declaran los Privilegios y Gozes concedidos a favor de los Yrlandeses Catholicos establecidos en estos Reynos."

(3) Fray José de Sigüenza, *La Fundación del Monasterio de El Escorial, 1605*. Aguilar ed., Madrid, 1963, p. 110.

(4) Otros colegios para estudiantes irlandeses fueron establecidos en Santiago de Compostela en 1605, Sevilla en 1612. Alcalá de Henares y Madrid en 1629.

Bretaña, que en aquel momento estaban luchando contra sus propios ejércitos. Asimismo, como campeón de la fe católica, sentía obligación de ayudar a los irlandeses. Ordenó que se mandara un navío a O'Donnell y sus asociados con armas y municiones y con una respuesta dándoles ánimos en su petición.

El capitán al que se le confió esta misión, Juan de Mérida, tenía instrucciones muy claras sobre el tipo de información que debía traer a su vuelta. Esta información sería la base sobre la cual se planearía la expedición, y ayudaría a decidir sobre la fuerza militar precisa que se requería, y el mejor lugar de desembarco (5). El navío partió de Santander el 4 de marzo de 1594. Por desgracia para los irlandeses, nunca llegó a su punto de destino. Se perdió en la mar sin ningún superviviente, y tardó mucho hasta que se supo de su destino tanto en Irlanda como en España (6).

Mientras tanto la guerra había progresado en Irlanda, y los irlandeses habían derrotado varias veces a las tropas del virrey inglés. Tanto éxito habían tenido que en 1595 la Reina les ofreció la paz en términos muy ventajosos, pero ellos rehusaron la oferta en espera de la ayuda prometida de España. Para entonces se había reestablecido contacto con el Rey Felipe II quien estaba informado por medio de O'Donnell y de O'Neill de estas ofertas de paz de la Reina Isabel. A principios de 1596 el Rey les envió un mensaje en el que les recomendaba que no firmaran la paz con la Reina y les aseguraba que se estaba preparando una expedición con destino a Irlanda y que ésta llegaría antes del final del verano. Tan ansioso estaba el Rey de que los irlandeses no se avinieran a la paz con Inglaterra que envió este mensaje en forma triplicada, por medio de barcos que salieron de tres puertos diferentes: Santander, La Coruña y Lisboa. Las instrucciones que recibieron los tres capitanes fueron transmitidas por Felipe II, desde Vaciamadrid, al Secretario Andrés de Prada con fecha de 26 de febrero de 1596, y contienen las siguientes palabras:

(...) Que no dejen de ponerle buen ánimo y esperanças para que no se concierten con el enemigo que dizen que les ofrezc mucho a trueque de que lo hagan, ni tampoco se precipiten y arrojen (...) antes de tiempo, y con esto se destruyan y nos corten la ocasión de poderlos socorrer (...) (7).

Desde luego que se estaba preparando una expedición, y los navíos empezaban a juntarse en Cádiz. Pero los agentes de la Reina Isabel no estaban ociosos, y pronto le informaron del peligro inminente. En junio de aquel año una flota inglesa bajo el Almirante Howard, con tropas al mando del Conde de Essex, atacó Cádiz y destruyó muchos de los navíos anclados dentro del puerto.

(5) "Lo que S. M. es servido que lleve entendido y haga el Cap. Mérida en el viaje a que va." Madrid, 1 de febrero de 1594, *Archivo General de Simancas*, E. 2604.

(6) Véase M. K. Walsh, "The Military Order of Saint Patrick, 1593" en *Seanchas And Mhacha*, vol. 9, n.º 2, 1979, pp. 274-285.

(7) A.G.S., E 176.

En Irlanda, el virrey de la Reina Isabel se aseguró de que O'Donnell y O'Neill fueran informados del éxito de la razzia inglesa, esperando que con ello se vieran obligados a aceptar los términos de paz. Pero en agosto de aquel año el Rey Felipe envió a Irlanda al capitán Alonso de Cobos con la promesa de la llegada de una flota española antes del invierno. El Rey, con razón, estaba convencido que los ministros de la Reina Isabel en Irlanda habrían exagerado mucho su éxito en Cádiz a fin de desanimar a los caudillos irlandeses, y en sus instrucciones al capitán Cobos se incluye la siguiente recomendación:

(...) Que procure con mucho cuydado (...) deshazer lo que Inglesses avran procurado obrar con ellos, encaresciendo lo de Cadiz, y queriendolos por aqui constreñir a subjectasselos y a alguna paz o tregua engañosa para acaballos de destruir, y los informe de como aunque es assi que saquearon el lugar por flaqueza de la gente popular que alli se halla, no osaron (...) esperar las fuerças que se juntavan (...) y por aqui les procure quitar los temore que les avran querido imprimir, y los assiente y confirme en la devocion y confianza de Su Magd. (8).

La prometida expedición iba a estar bajo el mando del Adelantado de Castilla, D. Martín de Padilla, Conde de Santa Gadea. Para el mes de septiembre la mayoría de los navíos estaban reunidos en Lisboa. Una gran cantidad de correspondencia urgente tuvo lugar entre el Rey y el Adelantado en los meses de septiembre y octubre. Un puerto del sur de Irlanda, el puerto de Cork preferentemente, sería el destino de la expedición. Pero se produjeron una serie de retrasos y finalmente, el día 13 de octubre, el Rey escribió el Adelantado:

(...) Esta carta sea solo para vos y ningun otro la vea ni entienda lo que contiene (...) Vista la dilación que ha avido en la partida, de que no os quiero echar la culpa (...) y considerado quan adelante esta el tiempo y la qualidad de la tierra adonde yvades, y el exceso de los frios y la largura de las noches y otras cosas, me resuelvo en que se suspenda para mejor tiempo lo de Irlanda, sin que nadie lo entienda por agora, pero quiero juntamente que esta Armada no se detenga un solo dia mas en esse puerto sino que passe a Galicia (...) Assi os mando expressamente que al punto que esta rescibays os hagays a la vela con todo lo que para la jornada de Irlanda teniades apercebido (...) y vays derecho a la Coruña donde hallareys orden mia de lo que se ha de hazer (...) (9).

La Flota, que consistía en cien navíos, salió de Lisboa el 28 de octubre de 1596, pero una tormenta en la costa española le causó tal pérdida y daño que

(8) "Lo que S. M. es servido que haga el cap. Alonso Cobos." Toledo, 14 de agosto de 1596, A.G.S., E 2604.

(9) Felipe II al Adelantado de Castilla, San Lorenzo de El Escorial, 13 de octubre de 1596, A.G.S., E 176.

los supervivientes tuvieron que retirarse a puerto. Se perdieron veinticinco barcos y cerca de dos mil hombres, y entre ellos algunos irlandeses que habían sobrevivido el desastre de la gran armada de 1588. En 1597, otra armada de ciento treinta y seis barcos que llevaba tropas para desembarcarlas en la costa de Inglaterra, sufrió la misma suerte.

En Irlanda seguía la guerra y en agosto de 1598 los irlandeses tuvieron una resonada victoria sobre el ejército del virrey (10). A través de todo el país muchos de los que previamente habían estado dudosos se declararon ahora abiertamente a favor de O'Donnell y O'Neill. Un historiador inglés contemporáneo, Fynes Moryson, declaró en su relato de la guerra en Irlanda:

(...) Este año (1598) y el siguiente fueron tan desastrosos para los ingleses, y tan llenos de éxitos en acciones guerreras para los irlandeses, que sacudieron al gobierno inglés en su reino hasta el punto que vaciló, y faltó poco para su ruina total (...) (11).

Mientras tanto, la correspondencia con España seguía, y de vez en cuando llegaban barcos con pertrechos y dinero, así como con cartas de apoyo y ánimos del Rey, pero hacía falta algo más que todo esto. Desgraciadamente para los irlandeses el año de su gran victoria iba a ser también el año de la muerte de Felipe II. El hijo y sucesor del Rey, Felipe III, fue el que contestó, en diciembre de 1598, la carta que los caudillos irlandeses habían enviado a su padre para anunciarle su éxito y reiterarle su petición de apoyo militar. Felipe III les felicitó y les exhortó a perseverar en la defensa de la Fe Católica, añadiendo que no debían tener dudas de su buena voluntad hacía ellos y que pronto verían pruebas de ello.

En 1599 el general inglés, el Conde de Essex, que había dirigido la expedición contra Cádiz en 1596, fue nombrado Virrey de Irlanda. Llegó a Dublín en abril de 1599 acompañado de un ejército de veinte mil hombres. Después de una campaña infructuosa contra los irlandeses, Essex accedió a una tregua. Para entonces, aunque seguían llegándoles a O'Donnell y O'Neill armas y municiones enviadas desde España, sus recursos no eran suficientes para permitirles expulsar a los ingleses del suelo irlandés, y estaban ansiosos esperando recibir ayuda militar sustanciosa. Los repetidos mensajes enviados por el Rey Felipe III les urgían a no hacer la paz con Inglaterra, pero el largo retraso de la expedición prometida empezaba a hacer mella en el ánimo de muchos de los seguidores de O'Donnell y O'Neill.

En España uno de los que apoyaban más fervientemente la expedición a Irlanda era Fray Mateo de Oviedo. Era un fraile franciscano español que co-

(10) La batalla llamada del "Yellow Ford", 14 de agosto de 1598.

(11) "This yeere and the next following became so disasterous to the English, and successfull in action to the Irish, as they shaked the English government in this kingdome till it tottered and wanted little of fatall ruine". Fynes Moryson, *An Itinerary*, Glasgo, 1907, vol. 2, p. 216.

noía Irlanda bien. Durante el período de la guerra de los Desmond había pasado mucho tiempo allí a petición del Nuncio Pontificio en España. El Papa le nombró arzobispo de Dublín en mayo de 1599 por recomendación de muchos jefes y obispos irlandeses, y desde aquel momento tuvo un papel muy importante en las preparaciones de la expedición. La sede de Dublín había estado vacante desde hacía muchos años. No era posible entonces a ningún arzobispo católico vivir en Dublín, ya que era el centro vital del gobierno inglés en Irlanda, y por lo tanto no existía posibilidad de que Fray Mateo visitase su diócesis. Su nombramiento era más bien una distinción que se le hacía en reconocimiento por sus esfuerzos a favor de los católicos irlandeses. A juzgar por el tono de sus muchas cartas y memoriales, fue un hombre de gran energía y de impaciencia con el paso lento de la burocracia. Tenía mucha afición a los irlandeses y uno de sus memoriales de aquel tiempo contiene la siguiente advertencia:

(...) No se deben creer que desacreditan la tierra y gente de Irlanda, diciendo que no hay pan y que la gente es inconstante, pues lo uno y lo otro es falso y ha salido de ingleses que aborrecen a los irlandeses mas que los portugueses a los castellanos, y no quieren se hiziese caso de ellos y assi en esta materia no deve ser creido ningun ingles sea el que sea (12).

A finales de septiembre de 1599 Felipe III decidió enviar a Mateo de Oviedo como su emisario oficial con los caudillos irlandeses, para asegurarles de su protección y llevarles pertrechos guerreros junto con la promesa de una fuerza expedicionaria. Hubo retrasos interminables del viaje mientras se preparaban las cartas y aprovisionamiento que él iba a llevar a Irlanda. Cuando ya estaba todo preparado y embarcado en La Coruña, se produjo otro retraso debido a tener que esperar durante tres semanas a que hubiera un viento favorable. Por fin, Fray Mateo llegó a Killybegs en la costa noroeste de Irlanda en abril de 1600, y permaneció con O'Neill y O'Donnell hasta el principio del año siguiente. Había llevado consigo desde España una gran cantidad de armas, municiones y dinero, que llevaron dos barcos, y que fueron muy bienvenidos, pero que a los irlandeses, que esperaban un ejército, prometido repetidas veces, dejaron muy desilusionados.

El capitán que llevó los barcos, Martín de la Cerda, volvió a España con cartas y memoriales para el Rey en los cuales se insistía en que no se debía producir ningún retraso más. Como respuesta a las preguntas pertinentes que el capitán presentó a O'Neill y O'Donnell sobre los sitios más idóneos para desembarcar una fuerza expedicionaria, replicaron que si consistía en tres o cuatro mil hombres, Limerick en el sudoeste sería el lugar más a propósito; para

(12) Parte de la correspondencia de Mateo de Oviedo con Felipe III y sus ministros se halla publicada en *Reportorium Novum*, vol. 1, n.º 1, 1955, pp. 91-116; n.º 2, 1956, pp. 351-368, ed. P. McBride.

seis mil o más, Waterford o Cork en el sur serían apropiados; pero si la fuerza consistía en dos mil o menos, deberían ir a Killybegs en el noroeste de Irlanda. Añadieron que la prometida expedición debería llegarles en un plazo máximo de no más de cinco meses, después de los cuales no tenían la menor esperanza de resistir al enemigo.

Felipe III refirió estas cartas e informes a su Consejo y ordenó que se enviaran otra vez dinero, armas y municiones a Irlanda. En el 23 de julio 1600, después de mucha deliberación sobre la expedición, la recomendación del Consejo fue como sigue:

(...) Para asegurar la empresa convendra por los menos embiar a Irlanda seis mil hombres, que piden los catholicos, para acabar de una vez. Que por la duda que puede haver en que este año se pueda embiar a tiempo el socorro principal, sea V. Magd. servido de mandar que sin perder ora del, se procura encaminar el particular que V. Magd. tiene resuelto de 20.000 ducados, 4.000 quintales de bizcocho y un golpe de armas y municiones para que se animen y entretengan en quanto el tiempo da lugar a que vaya lo demas, porque si el plaço de los cinco meses (...) de que ya falta poco, se cumple sin que les vaya nada, correra manifesto peligro de que la pura necessidad les fuerce a aceptar los partidõs con que la Reyna los combida, que seria descomponer de todo punto la traça que se lleva (...).

A esto replicó el Rey lo siguiente:

(...) Esta obra sera tan en servicio de Dios que ayudara a vencer las dificultades que se apuntan (...) y yo mandare proveer el dinero aunque sea quitandole de lo necesario para mi persona, y a de ser este año, y por esso lo resuelva todo el Consejo con gran prissa (...) y propongame personas para mar y tierra luego, pues ninguna cosa importa mas para la brevedad que dar cabeça a esta armada (...) (13).

Las personas propuestas por el Consejo como comandantes de la expedición eran, en la flota, D. Diego Brochero, almirante general de la armada, y en el ejército, D. Antonio de Zúñiga, maestre de campo general (14). Las preparaciones siguieron adelante pero muy despacio. Quizá porque se había sugerido por parte de Inglaterra un arreglo pacífico con España, que no llegó a nada; o tal vez porque el enérgico Mateo de Oviedo no estaba allí para acelerar las cosas. También la guerra de Flandes reclamaba atención y ayuda. En julio de aquel año la batalla de las Dunas había producido grandes pérdidas al ejército del Archiduque Alberto. Sin embargo, cuando Oviedo volvió de Irlanda en enero de 1601, las cosas empezaron a moverse otra vez. Se había decidido que

(13) Consulta del Consejo de Estado, 23 de julio de 1600, A.G.S., E 840.

(14) "El Consejo de Estado a 5 de agosto de 1600 sobre los socorros de Flandes e Irlanda." A.G.S., E 617.

Lisboa fuera el puerto de partida y el almirante Don Diego Brochero llegó allí a final de mayo para tomar el mando.

Brochero había servido en la Armada del Mediterráneo y llegó a teniente general de las galeras de Malta. En 1590, con una flota de galeras, marchó a la costa de Bretaña donde una fuerza expedicionaria española había acudido en ayuda de la Liga Católica francesa, y consiguió el rango de almirante en 1595.

Respecto al comandante militar de la expedición, había un problema. Antonio de Zúñiga, propuesto por el Consejo, rehusó su nombramiento a no ser que se le diera una fuerza de 8.000 hombres de infantería y 1.000 de caballería, lo cual no era posible (15). La elección recayó entonces en el maestre de campo D. Juan del Aguila que había sido el comandante de la expedición a Bretaña. Para entonces se encontraba en prisión, acusado de haber mal usado fondos militares mientras su mandato en Bretaña, pero esto parece que no fue obstáculo para su nombramiento (16).

Del Aguila llegó a Lisboa en junio de 1601. Existen dudas de que Brochero lo recibiera con gusto. Habían tenido diferencias de opinión en Bretaña y, por lo que consta, del Aguila era una persona difícil de carácter, pero con un distinguido palmarés militar. Había tomado parte en expediciones a Marruecos y Malta, y había servido en Flandes donde fue nombrado maestre de campo. Había tenido también bastante contacto con soldados irlandeses, muchos de los cuales habían servido con su ejército en Bretaña. Entre ellos estaba Matha O'Maoltuille; en España le llamaban Mateo Tulio. Este, cuando empezó la guerra en Irlanda, regresó allí y fue secretario de O'Donnell; también sirvió en Bretaña el famoso espía James Blake, o Diego Blacadell, natural de Galway, del que se sospecha ser el causante de la muerte de O'Donnell en Simancas en 1602; otro irlandés en Bretaña fue Cahill O'Connor Faly, superviviente de la Armada de 1588, y que pereció en la Armada de 1596.

En Lisboa, en aquel verano de 1601, las últimas semanas antes de la salida de la expedición a Irlanda se emplearon en discusiones y desacuerdos sobre los puntos de desembarque. Debería haber estado claro de las instrucciones de O'Neill y O'Donnell el hecho de que una fuerza de 6.000 o más tendría que desembarcar en Waterford o Cork en el sur, pero el ejército que se había conseguido reunir en Lisboa contaba sólo 4.432 hombres. Del Aguila prefería el puerto de Drogheda en la costa este de Irlanda, mientras que Brochero consideraba el canal demasiado peligroso y prefería el puerto de Owenduff, en la costa del oeste; pero Oviedo, llegado a Lisboa en agosto, optó por el puerto de Cork. El Rey fue informado de estas opiniones diferentes y ordenó que, ya que Oviedo hablaba en nombre de O'Neill y O'Donnell, se debía seguir su opinión. Del Aguila consideraba que Cork estaba demasiado fortificado, de forma

(15) "The Relation of D. Alonzo del Campo Alferéz, to captain Baragone, part delivered on 24 December the day of his taking, and part on 25 December (1601, old style)." *Public Record Office*. London, State Papers, Ireland, 209/253.

(16) Fernández Duro, *Armada Española*, III, p. 218.

que, y a modo de compromiso, se escogió el puerto de Kinsale, a treinta kilómetros al sur-oeste de Cork, a pesar del disgusto de D. Juan del Aguila.

Mientras tanto un mensajero, el alférez Pedro de Sandoval, había sido enviado a Irlanda para anunciar la salida inminente de la flota. A su vuelta, el mensaje que traía consigo era que los ingleses habían capturado a los jefes principales de la provincia de Munster, MacCarthy Mor y el Conde de Desmond, y estaban prisioneros; por consiguiente la flota debería poner proa a Limerick o a Galway en el oeste. Desgraciadamente, el viaje de vuelta de Sandoval se retrasó debido a vientos contrarios, y para el tiempo que llegó a La Coruña, la flota ya había salido de Lisboa.

El almirante Brochero levó anclas en la mañana del 3 de septiembre con una flota de 33 navíos, donde iban 4.432 infantes y 1.383 de otras clases, incluyendo marinería y artilleros, y con ellos gran cantidad de armamento, municiones y vituallas. Como había ocurrido a menudo otras veces, el mal tiempo sorprendió a la expedición. No fue sino hasta el 1 de octubre que la flota de Brochero llegó al puerto de Kinsale, y aun así, no era la flota completa, ya que con la tormenta varios barcos se habían separado. Dos de estos llegaron a Kinsale unos días más tarde, pero otros cuatro al mando del general Zubiaur tuvieron que volver a España. El resultado fue que del Aguila tenía consigo una fuerza de sólo 3.400 hombres, y se encontraba sin los pertrechos y vituallas que llevaban dichos cuatro barcos. Kinsale era una ciudad amurallada, pero sus murallas no eran muy fuertes. La guarnición inglesa no se resistió y se les permitió abandonar la ciudad.

Brochero tenía órdenes de volver a España con la flota tan pronto como el ejército y los avituallamientos hubieran desembarcado. Partió el 10 de octubre. Para entonces la situación de O'Neill y O'Donnell, y sus seguidores, era crítica. Un nuevo virrey, Lord Mountjoy, nombrado el año previo, había conseguido, poco a poco, erosionar su poder, y el gobernador inglés de la provincia de Munster, Sir George Carew, había capturado y aprisionado a los caudillos de los católicos irlandeses con cuyo apoyo del Aguila había contado en aquella provincia del sur de Irlanda.

En el norte del país, cuando les llegaron las noticias del desembarco español en Kinsale, O'Neill y O'Donnell estaban un poco confusos; habiendo decidido que Limerick era el puerto más apropiado, esperaban que del Aguila se encaminara a ese punto de destino. Cuando se dieron cuenta que esto no era posible, prepararon una marcha hacia el sur para unirse a los españoles. Mientras tanto, Mountjoy reunía sus tropas y para el mes de noviembre tenía un ejército de 7.000 hombres y se preparaba para sitiar Kinsale. Una flota inglesa bajo el almirante Levison completó el bloqueo.

Las tropas irlandesas de O'Neill y de O'Donnell llegaron cerca de Kinsale al principio de diciembre. Habían dejado sus tierras, atacadas por entonces por los ingleses, y habían marchado unos 500 kilómetros de norte a sur. Dividiendo sus fuerzas, habían conseguido evadir un ejército enviado para interceptarlos. Cuando se juntaron cerca de Kinsale, las fuerzas irlandesas llegaban a unos 6.000 hombres.

Al mismo tiempo, el 11 de diciembre, el general Zubiaur, separado anteriormente de la flota de Brochero, llegó desde España con seis barcos y 650 hombres. Desembarcó a unos sesenta kilómetros al oeste de Kinsale, en el puerto de Castlehaven. Allí se le unieron 500 hombres de los irlandeses de Munster, quienes pusieron tres de sus castillos a su disposición. Cinco días más tarde, el almirante Levison entró en el puerto, con seis barcos de la flota inglesa, en búsqueda de los navíos españoles. Dos barcos españoles fueron destruidos en la batalla que siguió, pero, sin embargo, se obligó a Levison a abandonar el puerto, con pérdida de dos de los suyos (17).

En Kinsale, durante el mes de diciembre, se produjeron varias salidas de los españoles, y ataques de los irlandeses. Intentaron juntarse ambos ejércitos el día 3 de enero con un ataque conjunto contra las fuerzas sitiadoras inglesas, pero fallaron. El día terminó con la derrota de los irlandeses, quienes sufrieron pérdidas importantes. Entre las bajas aparecen algunos de los españoles que fueron enviados desde Castlehaven a las tropas de O'Neill y O'Donnell.

Mucho se ha escrito sobre la batalla de Kinsale, pero las causas de la derrota del ataque conjunto, y el desastre en el lado irlandés todavía no son muy claras (18). Después de la batalla, O'Donnell se embarcó para España con Zubiaur que volvía con cartas e informes. Fue recibido por el Rey y por sus Consejeros con los que discutió la necesidad de una futura ayuda militar en Irlanda para restablecer la situación. Se le prometió un ejército de 6.000 hombres que debía partir antes del final de marzo de 1602 (19).

Mientras tanto, el 22 de enero, del Aguila había aceptado los términos de capitulación que le fueron ofrecidos por Mountjoy. El virrey, cuyas fuerzas estaban también muy diezmadas por la enfermedad y las bajas, tenía miedo de la llegada de refuerzos de España. Ofreció transportar a España, en barcos ingleses, a del Aguila y su ejército, y así se hizo. Pese a ello, Felipe III insistió en que otra expedición, mayor, se enviara para ayudar a los irlandeses, y ésta, bajo la dirección del Adelantado de Castilla. Empezaron las preparaciones, pero, pronto se vio claro que la flota no estaría en condiciones de navegación antes de las tormentas otoñales. O'Donnell que esperaba impacientemente, murió en septiembre de 1602 en Simancas, cuando iba a entrevistarse con el Rey, y todavía no se sabe claramente si su muerte fue natural, o si fue envenenado por el espía, James Blake, que le había seguido a España (20).

(17) Conde de Polentinos, *Epistolario del general Zubiaur*, Instituto Histórico de Marina, Madrid, 1946, pp. 81-88, 123-129.

(18) John J. Silke, Kinsale, Liverpool University Press, 1970; F. M. Jones, "An Indictment of D. Juan del Aguila in 1601", en *The Irish Sword*, vol. 2, 1955, pp. 218-220; Henry Mangan, "Del Aguila's Defence of Kinsale, 1601-02", en *The Irish Sword*, vol. 1, 1952, pp. 218-224; "A Vindication of D. Juan del Aguila", en *The Irish Sword*, vol. 2, 1956, pp. 343-351.

(19) Don Pedro Franqueza al Duque de Lerma, Zamora, 13 de febrero de 1602, A.G.S., E 840.

(20) F. M. Jones, "James Blake of Galway and the death of Red Hugh O'Donnell, en *The Irish Ecclesiastical Record*, ser. 5, 75, 1951, pp. 30-38; C. Mooney, "The death of Red Hugh

En la primavera del año siguiente, la muerte de la Reina Isabel dio lugar a una nueva situación y a un período de paz entre España e Inglaterra, pero en Irlanda, el fallo de la expedición española y la derrota de Kinsale marcaron el final de las antiguas leyes y tradiciones gaélicas que habían sobrevivido hasta entonces en los territorios de O'Donnell y de O'Neill.

El gobierno y las leyes de Inglaterra fueron impuestas en toda Irlanda. Esto, así como las condiciones de vida cada vez más difíciles para los católicos, fue motivo de otra gran oleada de emigración a España, donde, como ya se ha dicho, los irlandeses fueron acogidos como españoles naturales. Y así es que, a través de los siglos XVII y XVIII, y aun hasta hoy día se encuentran tantos apellidos irlandeses en los archivos de la marina y del ejército de España.

O'Donnell en *ibíd.*, 81, 1954, pp. 328-345; M. K. Walsh, *Destruction by Peace, Hugh O'Neill after Kinsale*, Cumann Seanchais Ard Mhacha, 1986, pp. 22-26; "Aodh Rua O'Domhnaill and his Mission to Spain, January-September 1602", en *The Donegal Annual*, 41, 1989, pp. 96-122.